

CAPÍTULO V

PUEBLOS ENANOS DEL AFRICA

«Poseemos una porción de noticias que acerca de algunas tribus de pequeña estatura han tomado algunos viajeros que se han internado en el país. La mayor parte de estas noticias coinciden en que estos llamados pueblos enanos sólo se distinguen de las tribus que los rodean por su estatura menor que la de éstas, y en que, por lo tanto, no son enanos en el sentido que el mito da á esta palabra.»

JORGE SCHWEINFURTH.

Afinidad entre los sud-africanos de color claro y los pueblos enanos del Sud de Africa. — Los *mucassequeres* de Serpa Pinto. — Los enanos de Fogge y de Wissmann. — Los *watwas* de Stanley. — Los *obongos* de Du Chaillu. — Datos suministrados por O'Lenz y por el misionero Kelle. — Los *waberikimos*. — Los *dokos* de Krapp. — Los *akkas* de Schweinfurth. — Datos tomados por Long, Telkin y Emin Bei sobre los mismos. — Descripción de los *akkas*. — Resumen.

La propagación geográfica de la raza de los hombres de blanco color, de lanosa cabellera y pequeña estatura por el África meridional, nos sugiere ante todo las siguientes preguntas: ¿De dónde procede ese pueblo? ¿cómo llegó á fijar su residencia en ese territorio situado tan al Sud? Las explicaciones de los antiguos observadores que admiten ó una inmigración por mar, ó una mezcla con judíos ó fenicios, carecen de fundamento real: sólo queda, pues, por aceptar como buena, ó una emigración por tierra desde otro punto de África, ó la idea de que aquéllos son restos de un pueblo, en otro tiempo muy extendido por esta parte de la tierra, á quien una situación favorable y por tres de sus costados aislada ofrecía un refugio que les negaban las más extensas pero también más accesibles Áfricas central y septentrional. Para apoyar esta opinión, debiera el resto de África ofrecer algunos hechos que pudiesen servir de fundamento á una ó á otra de las dos soluciones, y estos hechos podían ser de dos clases: ó que se encontrara en alguna otra parte de África un pueblo análogo del cual se hubiera separado la parte que nos ocupa, es decir, la que vemos establecida en el extremo Sud; ó bien que se hallaran esparcidos por esta parte del mundo algunos restos de un pueblo semejante, en otro tiempo más extendido, que supondrían la existencia de una antigua población de carácter bosquimano. Si de la difusión geográfica de los africanos no resultara ninguno de estos hechos, no habría que pensar más que en el origen independiente de estos sud-africanos.

Pues bien: la geografía de las tribus africanas presenta indudablemente hechos que abogan por la presencia de una población de pequeña estatura y color claro, de un pueblo antes negro. Ya hemos visto que los sud-africanos amarillos se extendían más hacia el Norte de lo que en otro tiempo se había creído, y hay también datos que podríamos reproducir comprobando una difusión todavía mayor de los mismos hacia territorios más septentrionales. Un buque holandés que en 1667 fué enviado para explorar las costas, pretendió haber visto hotentotes á los 12° 47' de latitud Sud en las costas del Sudoeste de África. En el siglo XVII los hotentotes conocían también la costa oriental hasta los 20° de latitud Sud. Los *bapedis* ó *bantos*, que habitan en el 24° de latitud Sud, dan todavía á la bóveda celeste que se extiende hacia el Oeste y hacia el Sud el nombre de

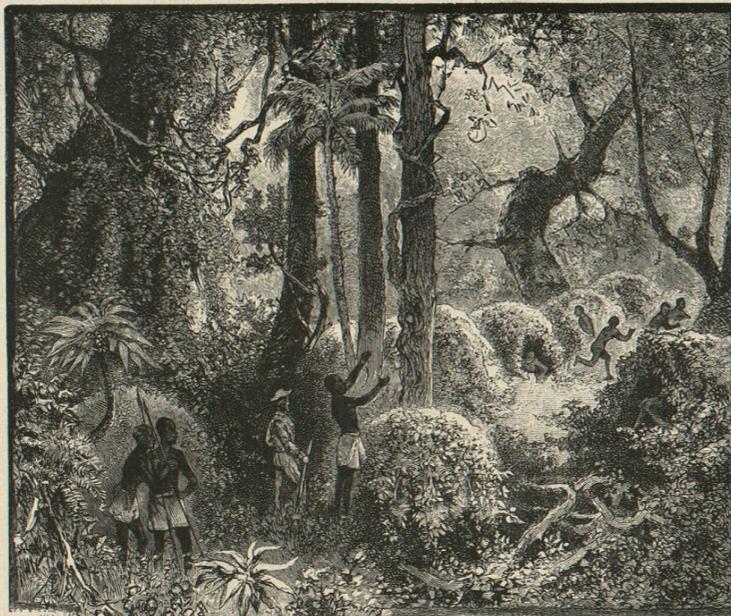
boroa, es decir, comarca de los hotentotes, cuando desde los tiempos que la memoria humana recuerda, sólo viven en ella tribus negras. Aun cuando Vasco de Gama encontró en el siglo XV tribus cafres en Natal, todavía permanecieron en este país por mucho tiempo los llamados *heikom-hotentotes*. Hoy en día los cafres están establecidos en todas aquellas comarcas en donde llueve conforme á las necesidades de la agricultura, habiendo notado Merensky, con razón, que los mapas de lluvias y los mapas de pueblos ofrecen en el África del Sud notable semejanza. Estas semejanzas no son, sin embargo, originarias, sino que van apareciendo sucesivamente. Sabemos que los cafres hace mucho tiempo que van avanzando en este país, y es sólo probable que acorralaran á los pueblos amarillos, más débiles, que en él habitaban.

Todo esto, sin embargo, pertenece á un pasado en cierto modo inseguro. Si desde los territorios septentrionales cercanos al Ngami y desde el país de los *owampos* (18° de latitud Sud), donde en la actualidad encontramos los últimos *bosquimanos*, penetramos en el interior del continente, hallaremos, casi en el 15° de latitud Sud, es decir en la misma África central, un pueblo aislado que tiene mucha semejanza con los *bosquimanos*. Serpa Pinto encontró en el alto Cuando, entre los *ambuellas*, una raza amarilla pequeña, que hablaba un lenguaje extraño para todos los pueblos que la rodeaban y que se pronunciaba con una modulación especial que lo distinguía de todos los demás dialectos que hasta entonces había oído en el África. Los *ambuellas* llamaban á este pueblo *mucassequere*, y unos y otros habitaban el país comprendido entre Cuando y Cubango, á saber los *ambuellas* en los ríos y los *mucassequere* en los bosques. «De estas tribus, dice Serpa Pinto, los *ambuellas* pueden ser denominados bárbaros y los *mucassequere* verdaderos salvajes: estos dos pueblos mantienen entre sí muy pocas relaciones; mas, por otra parte, rara vez se disputan, á pesar de lo cual algunas veces entablan luchas y venden sus prisioneros como esclavos á las caravanas de bihes. Los *mucassequere* son el pueblo cazador y nómada por excelencia, hasta el punto de que nunca construyen cabañas: son sumamente hábiles en el manejo del arco, y la flecha es su única arma, pero con ella matan á los animales más grandes. Su alimento lo constituyen, además de la carne de éstos, las raíces y las frutas de las selvas. Carecen de utensilios de cocina. Su traje se compone de dos pedazos de piel; en los brazos y en las piernas anúdanse también tiras de pieles á modo de brazaletes. El color de su piel es claro.» Pinto les llama amarillo-sucios y opina que hay marinos cuyo color, tostado por el sol, por el aire y por las tempestades, es mucho más oscuro que el de estos *mucassequeres*. Añade que sus ojos son pequeños y no colocados en línea recta, que sus pómulos son anchos y salientes, que su nariz es chata, que las ventanas de sus narices son desmesuradamente grandes y que su cabello es cresgado y crece formando mechones. «A mi modo de ver—termina diciendo—esta subdivisión de la raza etíope debe ser incluida entre los hotentotes.»

Siguiendo hacia el Norte llegamos al territorio del afluente meridional del Congo, en donde—desde el Lubi hasta el Tanganika—Pogge y Wissmann descubrieron un pueblo de enanos, cuyo nombre de *batúas* (que son indudablemente los *watwas* de Stanley) presenta una analogía con los enanos por éste encontrados en el Congo, analogía que vemos luego confirmada por la descripción que de ellos hace Wissmann en su primera memoria. Describelos éste como á hombres pequeños, deformes, flacos, sucios y de aspecto salvaje y dice que habitan desde el Lubi hasta el Tanganika y desde el Lualaba hasta el Kalunda, en corrales aislados ó en

pequeñas aldeas, en exiguas y miserables chozas de paja. Son despreciados por los balubas, en medio de los cuales viven, no cultivan cosa alguna, poseen algunas gallinas, carecen de cerdos y de cabras y tienen una casta de perros de caza muy parecidos á los galgos. Viven principalmente del producto de su caza y de frutas silvestres. Sus armas son el arco y las flechas y, como sus instrumentos, encuéntranse éstas en un nivel muy bajo. Tienen muy poco hierro, de suerte que rara vez se encuentran entre ellos flechas con puntas de este metal. A propósito de esta descripción, puede recordarse una noticia que da Battel en su *Purchas Pilgrimage* (Londres, 1625), en cuya obra se habla de un pue-

blo *matimba*, habitante en el África occidental, cuyos individuos apenas alcanzan la estatura de un niño de doce años; Bougainville los supone establecidos en Loango. Stanley consigna datos más aproximados: dice que oyó hablar de muchos pueblos salvajes enanos residentes en distintos puntos del territorio central del Congo, pero que sólo vio á un individuo de esta especie, que fué aprehendido cerca del gran mercado de Ukongeh. «Llevaba—dícese en la descripción del viaje—un pequeño arco y un carcaj con diminutas flechas en la mano, y como esta era una circunstancia capaz de inspirar sospechas, fué cogido y nos lo trajeron. Al contemplar á aquel hombre, que estaba temblando, no pude



Cabañas de los enanos de Aschango, Oeste de Africa (según Du Chaillu)

menos que pensar en que era un ejemplar de guerrero sumamente notable, y habiéndolo medido resultó que tenía 1'38 metros de altura, que la medida de su pecho era de 1/2 de metro y la de su cintura de 1/3 de metro. Su cabeza era grande y su rostro estaba cercado por una barba clara y lanosa, su piel tenía un color de chocolate claro. Como sus piernas eran torcidas y flacas, presumi, de momento, que sería algún monstruo procedente de alguna tribu y por ésta condenado á vagar por las selvas, pero pronto deseché esta idea al oírle pronunciar la palabra *watwa*, y acordándome entonces de que los *watwas* eran muy conocidos como enanos, pregunté á nuestro guía Bwana Abed si aquel hombre se parecía á los enanos *watwas* con los cuales habían luchado las gentes de Muhala; á lo cual me contestó que los *watwas* que él había conocido eran por lo menos una cabeza más pequeños, pero que aquél podía ser un individuo de una tribu afín de la que él había visto; que el color de su piel era igual, pero que los enanos del Oeste de Ukuna, en el país del Sumani occidental, tenían los bigotes muy

largos y la barba muy poblada; que sus armas eran también idénticas, consistiendo en el arco corto y en las diminutas flechas de caña, apenas de un pie de largo, con afiladas puntas y cubiertas en sus bordes con una sustancia negra que huele como la cantárida. Todos los que contemplaban estas flechas se guardaban muy bien de tocar sus puntas, precaución que me pareció muy justificada en los indígenas, por cuanto muchas de aquéllas estaban cuidadosamente envueltas en hojas.» Stanley habla también accidentalmente de las quijadas salientes de ese enano. Por lo que hace al lenguaje, este viajero le oyó pronunciar por vez primera correctamente el nombre del río Ruarowa, tal como lo pronuncian los *manyemas* y los *wenjas*, en vez de *Lualawa*, palabra corrompida con que lo designan los *wangwanas* y los *wanyamwesis*.

La primera noticia concreta de los pueblos enanos del Sud de África la debemos á Du Chaillu, quien ya anteriormente había hecho notar la presencia de negros enanos en Aschango y había por vez primera encontrado en su cami-

no hacia Yengue sus pequeñas casas, que al principio tomó por chozas de fetiches. Estos enanos, que le habían sido designados con el nombre de aschungas, se denominaban en esos territorios obongos; sus vecinos los denominaban también akkoas. Describe sus cabañas diciendo que tenían unos 4 pies (ingleses) de alto y otro tanto de ancho y que estaban construidas en forma de semicírculo con ramas y cubiertas con hojas. Más tarde, encontró algunos de estos individuos que eran de aspecto repugnante en las cercanías de Niembuai (casi á los 2° de latitud Sud). Midió 6 mujeres que tenían de 135 á 152 $\frac{1}{2}$ centímetros de alto y á un hombre cuya altura era de 137 centímetros. Dice que su color era amarillo sucio «mucho más claro que el de los aschangos,» que sus labios eran gruesos, su nariz chata, y su tipo era «en cierto modo el de los negros;» hace notar especialmente su frente estrecha, sus pómulos salientes, el cabello corto y afelpado como el de los bosquimanos, y poblado también con abundancia sus piernas y su pecho, y no olvida mencionar su salvaje mirada, tan común en los bosquimanos. Su único vestido consistía en un pedazo de tela hecha con yerbas que les proporcionaban principalmente sus vecinos los aschangos. Entre ellos no se encontraban fetiches ni imágenes de ídolos. Su vida, según Du Chaillu, era un nomadismo limitado: «Son un pueblo en alto grado errante que se traslada de un lugar á otro en cuanto empieza á escasear la caza en aquél, pero no emigran muy lejos, es decir, que los obongos que habitan en el territorio de Aschango, nunca salen fuera de éste; se les llama obongos del Aschango y los que viven más abajo del Njavi se denominan obongos del Njavi, y así sucesivamente los demás.» Dice que se encuentran obongos hacia el Este, hasta donde alcanza el conocimiento de los aschangos. Sus vecinos, más fuertes, les tratan bien y miran con muy buenos ojos construir en sus cercanías las aldeas de los obongos, pues éstos son excelentes tramperos y cazadores y cambian lo que de sus botines les sobra por utensilios y productos agrícolas que les dan aquéllos. Los bosques por ellos explotados están llenos de trampas y de buitrones. Nada más sabemos con exactitud acerca de su sistema de caza y de la casta de perros especiales que para ésta poseen, observación que hizo Wissmann hablando de los watwas del territorio del Congo meridional. Su alimentación no es puramente animal, pues Du Chaillu les vió cocer un manjar compuesto de raíces de un árbol, siendo un tanto exagerada la afirmación por él mismo hecha de que su afición á la carne más que propia del hombre se parece á la de los animales carnívoros. De las mismas relaciones de los aschangos sacó Du Chaillu lo siguiente acerca de su sistema de enterramientos: generalmente, colocan el cadáver en un tronco hueco que luego llenan con ramas, hojas y tierra, pero á veces también practican un hoyo en algún riachuelo, cuyo cauce han desviado previamente, y luego vuelven á dirigir de nuevo el agua á él. Du Chaillu, finalmente, ha coleccionado un gran número de palabras obongas que concuerdan con las correspondientes palabras del idioma de los aschangos y de otras tribus vecinas; y dice, respecto de esto, que los obongos, además de su lenguaje propio, se valen del de los aschangos.

Los exploradores que le han sucedido no han hecho más que confirmar, en lo esencial, sus descripciones. O. Lenz escribe: «Nuestra opinión de que la raza enana había de reaparecer en estos países se ha visto plenamente confirmada. Poco después de mi llegada, encontré representantes de la misma en distintos puntos de la costa, en donde eran considerados por los europeos como curiosidades, sin saber nada más acerca del origen de los mismos. Después de al-

gunos reconocimientos vióse muy pronto que todos ellos descendían de un pueblo del interior, muy conocido, como después se vió, por los comerciantes indígenas, quienes, no obstante, nada habían dicho acerca de ellos á los europeos y antes por el contrario fuimos nosotros preguntados sobre el particular. Esta raza que vive errante en los bosques me había sido comunmente designada con el nombre de babongos (es decir, los obongos de Du Chaillu); otros llamaban á esas gentes vambutas, pero el nombre verdadero parece ser el de baris ó balis. Se les encuentra especialmente en el país de Saratch-faced, que en los mapas suele figurar con el nombre de Mandongo: éste, sin embargo, es el nombre genérico con que se designa á los esclavos de allí precedentes, cuando el verdadero es el de Mantetje ó también Teke (¿Tiki?); los antiguos europeos conocían este nombre y además el de monjol (Monsol). Del punto extremo á que yo llegué en el río Lucena, apenas distaban sus residencias dos semanas.» Las mediciones practicadas por O. Lenz en hombres formados acusan una estatura media de 1'32 á 1'42 metros. Luego hace constar el antagonismo que existe entre sus cabañas redondas y el estilo cuadrangular que predomina en punto á la construcción de chozas en sus residencias.

El reverendo S. W. Kölle dice, en su *Polyglotta africana*, que un hombre de Pati, capital de Bayón (situada tierra adentro de Camerún), le había contado que en el lago Liba vivía un pueblo, llamado Kenkob, cuyos individuos tenían de 3 á 4 pies de estatura, eran robustos, diestros tiradores, pacíficos y liberales, y vivían del producto de la caza. Si uno de ellos había matado un elefante, estaba pronto á deshacerse de todo el animal. En la misma narración se atribuía al limo del lago Liba la fabulosa cualidad de ser tan dulce que servía de golosina; y como dicho lago era esencialmente salado, podía aquella afirmación referirse á las numerosas larvas de mosca que en cantidad prodigiosa poblaban aquellas orillas, como también las del lago Tsad y otros, y que servían de comida á muchos pueblos africanos y á otros que no lo son. Otro hombre de la misma comarca le dijo que en el río Riba (Liba) había unos hombres pequeños, llamados betsanés, de 3 á 5 pies (ingleses) de estatura, excelentes cazadores, barbudos, vestidos con telas de corteza, nómadas, que habitaban en frágiles chozas de corteza y que cambiaban los productos de su caza por los de la agricultura de sus vecinos.

Algunas relaciones refieren que en los territorios orientales de las fuentes del Nilo, tierra adentro de Mombas y junto á un lago Boo que envía sus aguas al Sobat, existe un pueblo enano, el de los waberikimo, gentes de 2 pies de altura; otras dicen que este pueblo vive junto al lago Baro que se extiende en la propia comarca. No lejos de allí sitúan las noticias publicadas por Krapf en 1858, «Viajes al África oriental,» la residencia de los dokos (en suaheli *dogo*, «pequeño,» de cuya tribu vió ese viajero un individuo de «unos 4 pies» de alto, que desgraciadamente no nos describe. Lo que acerca de ellos dice tiene seguramente mucho de legendario y recuerda más que seres humanos á los chimpancés que en gran número habitan en aquellos territorios. Dilbo, un esclavo oriundo de Enarea que había viajado mucho y que estaba en poder del rey Schoa, le refirió que al Sud de Kaffa y de Susa había un país muy caluroso y húmedo, con muchos bosques de bambú y habitado por unas gentes llamadas dokos, tan pequeñas que parecían niños de diez años, pues su estatura no pasaba de 4 pies. Tenían estos individuos un color oscuro aceitunado y vivían como animales en un estado completamente salvaje: carecían de casas, de templos y aun de los árboles sagrados (como los gallas), pero

tenían cierta idea de un ser supremo á quien llamaban Ser y á quien rezaban en los momentos de tristeza y de angustia, pero no de pie, sino con la cabeza pegada al suelo y los pies apoyados en un árbol ó en una piedra. En sus oraciones decían: «Ser, si tienes realmente una existencia ¿por qué nos dejas morir? No te pedimos manjares ni alimentos, pues vivimos de serpientes, hormigas y ratones. Tú nos has hecho, ¿por qué permites que nos aplasten?» Los dokos no tienen caudillo, ni leyes, ni armas; no cazan, ni cultivan campo alguno, y sólo viven de frutas, raíces, ratones, serpientes, hormigas, miel, etc. Para coger la fruta se encaraman á los árboles como monos, sucediendo á veces que subidos á un árbol se pelean unos con otros y se arrojan mutuamente al suelo. Hay un árbol alto y corpulento, llamado loko, cuyos frutos encarnados les gustan extraordinariamente. Como esclavos aprenden fácilmente y son obedientes y están exentos de toda clase de enfermedades. Hablando de la incredulidad general con que estas noticias eran acogidas antes de que Schweinfurth descubriera los akkas, dice Krapf al final de su relación: «A priori no pueden ser desmentidas las noticias recogidas en distintos puntos de África independientes unas de otras; lo único que hay que procurar es examinar desde el punto de vista de la crítica lo fabuloso y lo que ha sido mistificado por los narradores indígenas.» Por lo demás, d'Abbadie, el primer europeo que de muchos siglos á esta parte ha visitado á Kaffa, ha podido conocer y estudiar á los dokos: cierto que niega que sean enanos, pero dice que «los pigmeos de Doko, si apelamos al testimonio de los ojos y no al de los oídos, tienen 5 pies de estatura.» Puede sospecharse que estos pies sean ingleses, en cuyo caso los dokos serían más pequeños de lo que acusa la medida media de los mismos; d'Abbadie los describe, además, de color negro y como verdadero término medio entre los etíopes y los negros en lo que atañe á las formas del cuerpo y del rostro. En época más reciente, Antinori ha oído algo más concreto acerca de estos dokos, á quienes supone residentes al Sudoeste de Kaffa: en una de sus últimas cartas, fechada en Schoa, habla de ellos como de un pueblo enano numeroso y dice que algunos de sus individuos se encontraban en la corte del rey de Schoa, de la misma manera que en la del rey Munsu de Mombuttú había algunos akkas.

La presencia en el centro de África de unos pueblos que, comparados con los negros generalmente corpulentos, merecen el nombre de enanos — cuya presencia está comprobada por varias noticias dignas todas de crédito — recibió su completa confirmación y al propio tiempo una base sólida con las investigaciones que de los akkas hizo Schweinfurth en el país de los mombuttús en la corte de Munsu. Además de éste, otros exploradores los estudiaron en África y posteriormente en Europa. Entonces aparecieron multitud de relaciones de pigmeos y la cuestión de la existencia de pueblos enanos en el interior de África, que durante mucho tiempo había pertenecido á la fábula, fué esclarecida por la ciencia. Entre los servicios extraordinarios por Schweinfurth prestados á los conocimientos de la naturaleza y etnográficos del África, merecen indudablemente figurar en primera línea sus investigaciones acerca de los akkas. Pero Schweinfurth no es solamente un maestro consumado en la investigación, sino, además, en la descripción, gracias á lo cual nos hace sumamente agradables sus estudios sobre los akkas. Desde Nubia hasta Mombuttú vino siempre oyendo leyendas acerca de los pueblos enanos del interior. Ya llevaba algunos días de residencia en la corte de Munsu y todavía no había visto ningún enano. Sus gentes habían dividido algunos y cuando él les reconvenía por no habérselos

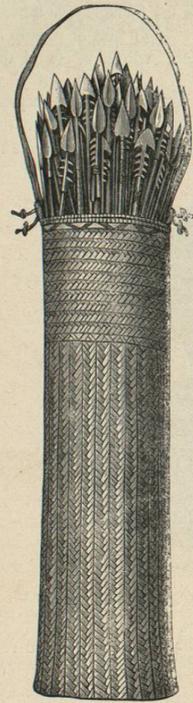
traído, decíale que los enanos eran demasiado tímidos. «Algunos días después, llamé la atención la gritería que se promovió en mi campamento, y supe que Mohammed había sorprendido á uno de los enanos que con el rey estaban y lo traía á mi tienda. Miré y en efecto ví aquella pequeña criatura agarrada al hombro derecho de Mohammed, meneando de un modo nervioso su cabeza y dirigiendo á todos lados miradas temerosas. Mohammed lo colocó en el sitio de honor. ¡Por fin me era dado contemplar á mis anchas la personificación de todas las leyendas de tantos miles de años!» Schweinfurth supo luego que el pueblo á que pertenecía este hombre pequeño, Adimoku, era el de los akkas y que su residencia se encontraba entre los 1° y 2° de latitud Norte. Una parte del mismo estaba sometida al rey de Mombuttú, el cual, procurando realzar el lujo de su corte con una colección de cuantas curiosidades natura-



Un joven babongo (de una fotografía del Dr. Falkenstein)

les podían hasta él llegar, había hecho que cerca de su residencia se establecieran algunas familias de ese pueblo pigmeo. La residencia de Munsu estaba situada entonces cuatro jornadas al Noroeste de la de los akkas, los cuales, por consiguiente, vivían en el territorio de Uelle. Adimoku le nombró cuatro reyes akkas y le dijo que había nueve. En cuanto á nombres de tribus le citó los siguientes: navapukas, navatipes, wabingisso, avadzubes, awagowumbas, bandoas, manomus y agabundas. Schweinfurth tuvo ocasión más adelante, de ver otros akkas, encontrando en cierta ocasión una compañía entera que pertenecía á un gobernador mombuttú, y á la que, de momento, tomó por un grupo de niños mal criados. Su apreciación acerca de las cualidades corporales de los mismos es, pues, de gran peso, á pesar de las minuciosas investigaciones que más tarde se hicieron en Europa en algunos de aquellos individuos. La estatura de Adimoku era de 4 pies 10 pulgadas inglesas (1'46 metros); era un hombre completamente desarrollado. De otros seis individuos llegados á su completo desarrollo, ninguno midió 4 pies y 10 pulgadas. Desgraciadamente las mediciones más exactas que en los akkas practicó Schweinfurth quedaron destruidas por el incendio del seribe, que devoró tantos y tan ricos materiales científicos. Respecto de la estructura corporal de los akkas, nos describe del modo siguiente sus principales particularidades: cabeza redonda y relativamente grande, balanceándose sobre un cuello débil y estrecho, torso muy largo, espaldas caídas, grandes y anchas paletillas unidas á unos brazos largos y flacos, un pecho violentamente aplanado por arriba y cuya abertura inferior se ensancha de

una manera exagerada para servir de sostén á un vientre abultado que, como se veía en Adimoku, daba aún á los individuos ya entrados en años el aspecto de niños egipcios. En armonía con esta última particularidad, presentan los akkas una desviación marcadamente cóncava en el contorno trasero del cuerpo: esto es, quizás, una consecuencia de la gran movilidad de las vértebras lumbares en esta raza, las cuales aparecen influidas por el movimiento de avance que ha de hacer el centro de gravedad cada vez que se llena el estómago.



Carcaj y flechas de los akkas (Museo etnográfico de Viena).

Después de Schweinfurth, vieron también seres enanos en aquellas regiones Long, Felkin y Emin Bei: este último es el que nos hace de ellos la descripción más minuciosa. Long encontró una mujer akka en un seribe del territorio de Makaraka: tenía 25 años, era gruesa, pero su estatura apenas alcanzaba á cuatro pies ingleses; sus ojos eran grandes, su nariz chata, y su piel de color cobrizo claro. Hablaba un poco el árabe y habiendo sido interrogada refirió que Gongo era el rey de los tikki-tikki, tribu muy numerosa, y que ésta pagaba al rey Munsa un tributo en marfil y en esclavos; añadió que, por lo general, las gentes de su pueblo eran mucho más pequeñas que ella, y que las mujeres acompañaban constantemente á los hombres, así en las luchas con las tribus vecinas, como en la caza de los elefantes; dijo que su pueblo tenía más fuerza que los dongolawis y que los mismos soldados que acompañaban á Long. Preguntada por qué su pueblo se entregaba á la antropofagia, contestó que esto sólo sucedía cuando escaseaba la carne ó cuando la naturaleza exigía un cambio en el régimen usual de las bananas. Mientras que estas contestaciones tienen cierta vaguedad, que les quita gran parte de su valor, opina Felkin que el enano que él vió no debió ser un akka (tikki-tikki): esto no obstante continuamos su descripción. Vió éste en la estación Rohl á un hombre que, al parecer, pertenecía á una tribu enana. Pero no creo, dice, que fuera un tikki-tikki, pues no se ajustaba á la descripción que de esta tribu hace Schweinfurth. Tenía unos 30 años, su cabello crespo era de un negro brillante, sus ojos eran pardos, sus labios finos y tenía un buen ángulo facial; su estatura era de 1'364 metros, la medida circular de la cabeza, por encima de las orejas, de 549 milímetros y la del pecho de 768. El cuerpo era bien proporcionado y los músculos perfectamente desarrollados; su piel tenía un color de chocolate, algo más claro en las manos y en los pies. Tenía buena presencia y parecía juicioso é inteligente. Su patria estaba situada, como él decía, á muchas á muchas jornadas de aquí. Toda la tribu tenía el mismo tamaño que él y habitaba en una montaña, cuya cima siempre se veía blanca. Los hombres de su tribu empleaban para los combates una especie

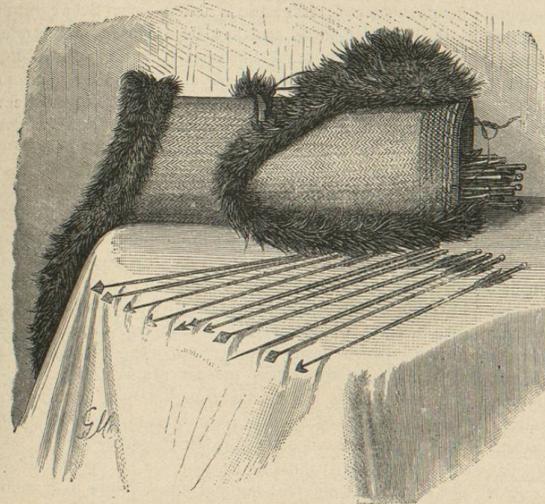
de lanzas ligeras con las cuales sabían herir desde lejos á sus enemigos.

Más concretas son las noticias suministradas por Emiu Bei, quien en 1882 vió á los akkas; su descripción confirma lo esencial de la de Schweinfurth. Dice que el color varía desde el amarillo claro al rojo, y se fija especialmente en las muchas arrugas de su piel, que aparecen principalmente en el ángulo del ojo y que contribuye á darles desde jóvenes el aspecto de viejos y á imprimir en su rostro cierta expresión llorona. Encuentra abundante el pelo que cubre todo su cuerpo, y lo califica de espeso, rígido y casi afelpado: sus mediciones arrojan como resultado en un hombre de 24 á 25 años una estatura de 1'24 metros; en uno de 35, 1'36, y en una muchacha de 14, nacida de un cruzamiento de akka y mombuttú, 1'40. Por último, encuentra en ellos marcado extraordinariamente el mal olor que despiden la piel.

De todas las descripciones de los pueblos enanos del interior de África se desprende que sus usos y costumbres tienen muchos puntos de contacto con los de sus vecinos: así por ejemplo, los obongos hablan, como hemos visto, el idioma de los aschangos y de éstos reciben sus vestidos. De la misma manera, los akkas han aceptado muchas palabras de los mombuttús, y se visten, adornan y bailan de una manera análoga á sus señores. Únicamente sus viviendas, que se reducen á frágiles cabañas para los casados y á simples coberturas para los solteros, difieren de las de éstos, lo cual armoniza perfectamente con la vida errante. Esta diferencia la encontramos en todos aquellos pueblos. Schweinfurth no se atreve á afirmar si la circuncisión, que según le aseguraron era practicada por los akkas, constituye una costumbre indígena ó si es simplemente una imitación de la de los mombuttús que observaron los akkas residentes en Munsa. Pero dado que la intimidad entre ambos pueblos es tanta que hasta llegan á mezclarse (también se encuentran individuos mayores, y cada vez que procuré averiguar las causas de esta diferencia supe que era resultado de una mezcla con los mombuttús entre los cuales vivían), es cosa muy natural que los akkas aceptaran cada vez más las costumbres mombuttús. Pero donde quiera que tales pueblos se presenten, siempre poseen una particularidad que basta por sí sola para dar á su existencia un tinte característico: en efecto, son pueblos genuina y completamente cazadores, á lo cual hay que conceder una importancia especial siempre que se trate de la situación de los pueblos enanos en el seno de los demás pueblos del África, por ser general en todos ellos. Schweinfurth la cita con énfasis hablando de los akkas, diciendo que en finura y en habilidad astuta y bien calculada son muy superiores á los mombuttús, constituyendo un pueblo cazador *por excelencia*. Esta astucia, sin embargo, no es más que la expresión de un impulso natural arraigado en su modo de ser interno que se satisface con crueldades. Nsewne encontraba un placer especial en lanzar de noche sus flechas contra los perros, y se entretenía también en martirizar á los animales. Emin Bei hace notar la sed de venganza que les caracteriza y que se excita cuando sus señores los mombuttús no les dan lo que ellos creen que les es debido. Un pueblo cazador de esta índole se distingue naturalmente por una inventiva diabólica para preparar trampas y para tender lazos á las fieras. Esto entra también por mucho en su carácter hurafío.

Las flechas y el arco son las armas de los pueblos enanos; rara vez agregan á ellas la lanza. Las flechas de los akkas tienen el asta de madera y forman en su parte inferior una muesca, estando á menudo sujetas con hierros: sus puntas son anchas, y están provistas de canales de sangre y en la mayoría de los casos de garfios. Sus carcajs es-

tán sencillamente tejidos con cañas y tienen la forma de sacos, colgándose por medio de una corta tira de cuero. Así las flechas como los carcajs están perfectamente elaborados; aquéllas, sin embargo, apenas se diferencian de las flechas de algunos pueblos negros. El carcaj es mejor que el que poseen muchos negros de este territorio y parece haber sentido la influencia de los mombuttús, hábiles en



Carcajs y flechas de los akkas (Colección de Robert W. Felkin)

materia de tejidos. ¿No cabe en vista de esto, suponer que los señores de estos pueblos cazadores les dan sus mejores flechas ó se las mandan hacer para ellos, á fin de que éstos puedan con más facilidad recoger el botín que á aquéllos pertenece? De no ser así, lo probable es que las adquieran junto con los productos agrícolas de los mombuttús, á cambio de su botín de caza.

Si resumimos lo que como consecuencia más general de todos estos hechos se desprende, se verá claramente que estos pueblos, abarcados en conjunto, sólo deben ser considerados como restos dispersos de una población análoga á la de los bosquimanos del Sud de Africa. Además de la semejanza de estatura, y á pesar de los caracteres distintivos borrados á consecuencia de mezclas realmente habidas, encontramos otras cualidades, entre las cuales sobresalen, como resultado casi general de todas las observaciones y de todos los datos recogidos, el color claro de la piel, la vida errante de estos hombres selváticos, la predilección por el arco y la flecha y lo imperfecto de sus viviendas. Es, además, sorprendente que sólo entre los pueblos enanos del territorio del Congo haya podido comprobarse la existencia de un idioma especial. Las relaciones de Stanley y de Pogge-Wissmann están contestes sobre este particular, y sin embargo este es precisamente un punto que necesita especial aclaración. Amén de las muchas semejanzas que entre ambos pueblos existen, la analogía entre el sistema de vida del que nos ocupa y el de los bosquimanos del Sud de Africa no puede ser más completa. Esta analogía la vemos asimismo en los akkas, aunque no de un modo general, en punto á las cualidades corporales. También los bosquimanos ocupan respecto de los beshuanos una situación análoga á la que algunos pueblos enanos tienen con relación á los vecinos negros, puesto que son los cazadores profesionales y privilegiados de su territorio.

Por lo que hace á la propagación geográfica, parece que los akkas con los watwas y con los demás pueblos enanos del Congo y con los babongos, constituyen los eslabones de una larga cadena de pueblos enanos, cuya dispersión, conforme á todos los indicios de una antigua raza, se ha realizado en sentido transversal por el Africa y en la dirección longitudinal del Ecuador. Parece también que en las regiones centrales del Congo estos pueblos formaron una agrupación más numerosa que en ningún otro punto de África. La hipótesis de que los mismos descendían de los bosquimanos pierde con ello una parte de posibilidad, pero no por esto debe ser rechazada *a priori*. Únicamente podemos llamar la atención sobre la antigüedad de las noticias que se refieren á aquel pueblo y á sus residencias: estas últimas han sido designadas ya desde el tiempo de Herodoto en el territorio del alto Nilo y desde Plinio *inter paludes quibus Nilus oriretur*, lo cual es poco favorable á la hipótesis bosquimana. Tal como está planteada hoy la cuestión, sólo de la determinación exacta de la residencia de estos pueblos y del estudio de sus idiomas puede esperarse una verdadera solución del problema que entraña su existencia y de toda la etnografía del Africa. Lo seguro es que como raza no son muy inferiores á los negros, por más que Owen los comparara con el tipo de los pueblos abisinios: en cuanto á su afinidad con los monos, no hay que hablar de ella.

CAPÍTULO VI

GENERALIDADES ACERCA DE LOS NEGROS

«Las cuestiones de los pueblos constituyen el lado interesante del Africa. Todo cuanto se refiera á las costumbres y á los usos, al estado moral, religioso, social y económico de estas razas, es digno de constante observación, de descripción cuidadosa y de minuciosa aclaración.»

R. F. BURTON

El concepto de «negros». *Cualidades corporales*. Fisonomía de los negros. Enfermedades. Deformidades. Fuerza de laboriosidad y prestación de trabajos. — *Espíritu y carácter*. Dificultad de formular un juicio. Mentiras. Codicia. Crueldad. Dotes intelectuales. — *La familia*. Amor filial. Amor paternal. Hombre y mujer. *Patria potestas*. — *La tribu*. Organización patriarcal de la comunidad y de la tribu. Situación del caudillo. Relaciones de las tribus entre sí. Gran influencia de las naturalezas dominadoras importantes. Aspecto exterior del caudillo. El negro como guerrero. — *La religión*. Idea que los negros tienen de Dios. Creencia en los espectros. Usos en los enterramientos. Superstición. Fetichismo. Hechiceros y médicos. — *La cultura material*. Estacionamiento y retroceso. Construcción naval y navegación. Tráfico mercantil y medios de tráfico. Costumbres en los viajes. Agricultura. Ganadería. Industria. Aptitudes artísticas. Cabañas y casas. Densidad de población.

El nombre «negro» encierra originariamente uno de los conceptos más positivos de la etnografía, puesto que con él se designa á los africanos de piel oscura, de cabellos lanosos, de gruesos labios y achatada nariz, siendo uno de los servicios, si no más admirables más sorprendentes, de la erudición crítica el que se aplique únicamente á una pequeña porción del verdadero y antiguo país de los negros, es decir del Africa. En efecto, si admitimos, con Waitz, que los bereberes, los koptos, los abisinios, los gallas, los nubios, los hotentotes, los cafres, los pueblos del Congo y los malgachos no son propiamente negros; si de la categoría de tales excluimos, con Schweinfurth, á los schillukos y á los bongos; resulta que la parte del mundo llamada Africa, casi en toda su periferia, excepción hecha del espacio comprendido entre